

La parábola de Eiseley

[Gabriel M. Otalora](#)

20 jun 2026 - 17:06

Hoy comparto con los lectores y lectoras un fragmento de *El Lanzador de Estrellas*, escrito por el estadounidense Loren Eiseley. Se trata de un cuento publicado en uno de los libros del antropólogo y poeta Loren Eiseley. Y lo traigo a colación porque estoy convencido de que tiene más sentido reflexionar ahora su contenido que cuando se publicó, en 1969.

Todo gira en torno a las maneras de entender la eficacia de nuestros esfuerzos; no podremos cambiar el curso de una guerra, pero podemos trabajar la cultura de la paz empezando por nuestras relaciones personales. Somos capaces de influir más de lo que creemos en las personas que nos acompañan en la vida, como lo refleja Loren Eiseley en esta parábola que se convirtió en una reflexión conocida incluso entre los expertos en gestionar el capital humano en las empresas: . Veamos:

En cierta ocasión, un hombre culto se dispuso a dar un paseo por la playa, y mientras caminaba vio a lo lejos a un chaval que recogía algo del suelo y lo lanzaba al agua. Cuando hubo llegado a su altura, le saludó y le dijo: ¿Qué es lo que está haciendo? El joven le sonrió y le contestó: “Lanzo estrellas de mar al océano” ¿Por qué?, le preguntó el científico. Está bajando la marea y al quedarse varadas en la arena pueden morir. La respuesta del científico es pura lógica: Pero si en la playa hay miles de estrellas de mar, ¿cree que el esfuerzo servirá para algo? El otro le escuchó educadamente, y cuando hubo acabado, se agachó, recogió otra estrella, la lanzó al mar y le respondió de esta manera: Para esa, mi esfuerzo sí tuvo sentido -respondió. El científico se quedó desconcertado ante la respuesta del joven. Y se dio cuenta de que aquel chaval, mucho menos docto que él, le había dado una lección: no quería ser un mero observador, sino tomar parte en algo en lo que creía, por insignificante que pudiera parecer a una mirada superficial y descomprometida. Y dejando el orgullo herido de lado -a nadie le gusta que un jovenzuelo le dé lecciones-, retrocedió hasta donde se encontraba y le ayudó a seguir lanzando las estrellas al mar.

El joven protagonista del cuento había captado la importancia de ciertos gestos para lograr un mundo mejor. Fue más inteligente que su interlocutor porque se había dado cuenta que cada acto es valioso en sí mismo, y cuenta para personas concretas y situaciones concretas. Y que todos los humanos, sin excepción, tenemos la oportunidad de hacer algo positivo, de crear un cambio para mejorar el mundo que nos rodea saliendo de nuestra indolencia de confort.

Lo entendemos mejor aportando dos reflexiones: si en vez de ser una estrella de mar, se trata de la felicidad de nuestro hijo, la percepción cambia radicalmente. Para unos padres, un hijo lo es todo, pero cuantitativamente, no pasa de ser una gota infinitesimal e irrelevante en la inmensidad de los habitantes del planeta y de los grandes problemas de mundo... La segunda reflexión viene apoyada por el efecto mariposa, tan manoseado como verdadero, que el pensador Eduardo Galeano sintetizó tan bien en esta máxima: mucha gente pequeña en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden cambiar el mundo.

¿Celebramos la Eucaristía? [Gabriel M. Otalora](#)

28 mar 2026 - 14:47

La Eucaristía es "fuente y culmen de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos y ministerios eclesiales están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan, según el catecismo, que recuerda también las palabras de Jesús: "haced esto en memoria mía".

Quizá el problema es que en casi todo lo relacionado con la Eucaristía se pone el acento en lo que es, y bastante menos en lo que supone de vivencia y compromiso para los seguidores de Cristo. Hablamos de "celebración comunitaria", pero lo cierto es que suele tener más bien poco de ambas. La propia disposición de bancos en la mayoría de templos invita a una predisposición individualista. Algunos templos, todavía muy pocos, ya disponen sus bancos en forma circular en torno al altar generando un ambiente mucho más comunitario para sentirse en común unión.

A pesar de rezar "Padre nuestro", todo invita en la liturgia a una actitud de "Padre mío" sin que los que me rodean formen parte de mi oración. No existe una conciencia comunitaria en la misa: Dios, el cura y yo, apenas quebrada por el rito de la paz antes de la comunión, un gesto comunitario que incluso algunos tratan de obviar. La pasividad es la norma, incluso al responder a las plegarias: en las misas dominicales, buena parte de la feligresía apenas abre la boca en una actitud nada celebrativa. En las misas de los días de labor, que todavía quedan, ahí todo es más acusado: la gente se coloca bien separada y lejos del altar, en actitud individualista que invita a que el propio celebrante se exprese con un proceder monocorde.

Alguien me dirá que la misa no es una francachela, y tiene razón. Entonces, lo que hay que revisar es lo que significa en lo tocante a nuestra misión. Jesús instituyó nada menos que el sacramento del amor, indicando con toda claridad que esa Cena Pascual debemos revivirla en memoria suya, en plural, reunidos en torno a la Eucaristía para vivir y compartir su amor a nuestro alrededor en la fe que profesamos. Que eso es evangelizar. No es suficiente coincidir en un templo para escuchar (¿oír?) siguiendo el rito litúrgico.

Creo que la evangelización comienza por evangelizarnos, que para eso está la Cuaresma. La asistencia a las eucaristías descende de manera sostenida, y no nos preguntamos por qué. Mejor dicho, no respondemos a la pregunta en lo tocante a nuestra causa, y seguimos sin cambiar nada, no ya de la liturgia, sino de la actitud interior en la única oración comunitaria que nos pidió el Señor; seguimos asistiendo a la misa como oración individual, en lugar de compartir fraternalmente este momento tan especial, ¡el sacramento del amor!, que es la señal de identidad cristiana.

¿Somos creíbles ante quienes quisieran tener fe y ven la manera que tenemos de vivir el cristianismo al reunirnos? ¿Qué anida tras las resistencias a cambiar la actitud individualista por otra más comunitaria que, sin duda, aportaría la alegría de compartir la fe junto al compromiso que de ella deriva? ¿Estamos tan seguros de que estas misas son la expresión fidedigna de lo que quiere Dios de sus testigos?

Hasta en la instrucción *Redemptionis Sacramentum* (Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos), se afirma que “La participación de los fieles laicos en la celebración de la Eucaristía, y en los otros ritos de la Iglesia, no puede equivaler a una mera presencia, más o menos pasiva”. Por desgracia, no pocos laicos y laicas son los primeros que quieren que no les cambien su rutina ni su actitud.

Celebrar juntos de verdad el Misterio de la fe -para eso se canta- requiere otra actitud. La sola manera de colocarnos lo más lejos posible unos de otros, indica un problema de fondo. Esas misas que quedan aún, de a diario... ¡qué ocasión para arracimarnos en torno al altar, o al menos en los dos primeros bancos, todos juntos!, tratando de actualizar en nuestros corazones la vivencia de aquellos seguidores de Jesús, haciendo memorial en cada misa de cara a nuestra misión, sobre todo el Jueves Santo...

PDTA – Un celebrante me comenta, hace unos días, que en la misa solicitó al reducido número de feligreses, que se acercaran a los primeros bancos para compartir físicamente lo que es la oración comunitaria por excelencia. Y logró que todos los asistentes le hicieran caso, eso sí, poniendo él de su parte para convencer a alguna persona reticente, que luego se manifestó encantada con la iniciativa. Un grano no hace granero, pero...

Estar de pie es el gesto fundamental de la misa, sostiene un liturgista

El arzobispo de Sídney quiere promover nuevamente la práctica de arrodillarse durante la liturgia. Sin embargo, el liturgista Liborius Olaf Lumma considera que esa iniciativa solo es acertada hasta cierto punto. En una entrevista con *katholisch.de*, reflexiona sobre las posturas corporales en la misa y explica por qué, a su juicio, debería recuperarse sobre todo la posición de pie.

Entrevista realizada por Christoph Brüwer

27 jun 2026 - 11:01

([katholisch.de](https://www.katholisch.de)).- «Venid, postrémonos por tierra; arrodillémonos ante el Señor, nuestro Creador». El título de la carta pastoral del arzobispo de Sídney, Anthony Fisher, tomado del Salmo 95, anticipa claramente su contenido. El prelado desea reforzar en su archidiócesis el valor espiritual de la postura de rodillas.

Liborius Olaf Lumma, liturgista de la Universidad de Innsbruck y especialista en el estudio de las posturas corporales en la liturgia, analiza esta cuestión en conversación con *katholisch.de* y explica por qué considera que en la celebración eucarística los fieles deberían arrodillarse menos de lo que es habitual en muchos lugares.

Pregunta: Profesor Lumma, el arzobispo de Sídney ha destacado especialmente en una carta pastoral la importancia de la oración de rodillas. ¿Qué significado tiene esta postura en la espiritualidad católica?

Pregunta: ¿Cuál fue entonces el motivo por el que se introdujo el arrodillarse en la Iglesia latina?

Lumma: Que yo sepa, no existe ninguna fuente que lo justifique o explique expresamente. Sin embargo, podemos reconstruir históricamente que, especialmente durante la época carolingia, en los siglos VIII y IX, cuando el cristianismo de Europa occidental fue asimilando cada vez más formas culturales de los pueblos germánicos, se difundió la idea de que arrodillarse constituía una actitud especialmente apropiada ante Dios. Al hacerse pequeño, el ser humano testimonia la grandeza de Dios y lo adora. Parece que llegó a considerarse muy importante arrodillarse con la mayor frecuencia posible. Existen disposiciones litúrgicas de aquella época que prescriben, por ejemplo, arrodillarse durante las palabras de la consagración en la misa, aunque no los domingos.

Pregunta: ¿Por qué razón?

Lumma: Porque, a diferencia de lo que ocurre en alemán, en las lenguas bíblicas no existe una diferencia clara entre «levantarse» y «resucitar». Por ello, la postura erguida se convirtió en una expresión corporal de la fe en la resurrección. El primer Concilio de Nicea, celebrado en el año 325, prohibió expresamente arrodillarse los domingos y durante todo el tiempo pascual. La idea subyacente era, expresándolo de forma un poco provocadora, que quien se arrodilla no está manifestando plenamente la fe en la resurrección. Sin embargo, **con el paso de los siglos, la práctica de arrodillarse acabó introduciéndose progresivamente en la liturgia occidental, incluso los domingos.** En las Iglesias orientales, por el contrario, sigue siendo una práctica poco habitual, especialmente durante la celebración de la Eucaristía, porque esta conmemora precisamente la salvación del ser humano elevado por la fuerza de la resurrección. Arrodillarse o postrarse pertenece más bien al ámbito de la oración personal y espontánea; en la liturgia celebrada comunitariamente solo aparece en ocasiones específicas.

Pregunta: ¿Son unas posturas corporales más «valiosas» que otras? ¿Es más digna la postura de rodillas que, por ejemplo, la postura sentada?

Lumma: También hoy existe en la Iglesia católica una cierta tendencia a considerar que arrodillarse es la actitud más adecuada ante Dios y, por tanto, una postura que debería adoptarse con la mayor frecuencia posible. Sin embargo, yo no hablaría de posturas más o menos valiosas, sino más bien de distintas costumbres y diferentes maneras de comprender la relación con el propio cuerpo.

Pregunta: Pero ¿cuál es la posición oficial de la Iglesia? ¿Arrodillarse en la liturgia es hoy una opción libre o existen momentos en los que resulta obligatorio?

Lumma: Aunque pueda sorprender en nuestras latitudes, arrodillarse no es obligatorio durante la misa. La misa se celebra de pie. Esa es la postura litúrgica fundamental. **En determinados momentos se prevé la postura sentada, que favorece la escucha serena y atenta, por ejemplo durante las lecturas o la homilía.** También existe la indicación de arrodillarse durante las palabras de la consagración, aunque se puede permanecer de pie «por motivos razonables». La versión más reciente del Misal Romano en latín formula esta recomendación de manera más enfática y la extiende hasta el final de la plegaria eucarística, pero únicamente allí donde esa práctica forme parte de la costumbre local. Lo que no se pretende, en cambio, es introducir nuevamente el arrodillarse durante períodos más prolongados o permanecer de rodillas durante buena parte de la misa.

Pregunta: ¿Por qué existen diferentes posturas corporales dentro de la liturgia?

Lumma: Porque la liturgia es una realidad dinámica, con una lógica interna propia. Tiene momentos culminantes hacia los que se orienta toda la celebración, pero también fases más reposadas. Todo ello se expresa y se experimenta corporalmente. Somos seres humanos formados por cuerpo y alma; lo exterior y lo interior están estrechamente relacionados. No pueden separarse. Por eso el Concilio Vaticano II (1962-1965) pidió expresamente que la reforma litúrgica incluyera también una ordenación de las posturas corporales. Las posturas adoptadas conjuntamente son una expresión visible y corporal de la comunión en la fe. De hecho, la liturgia requiere más espacio para el movimiento del que suelen permitir los bancos tradicionales de muchas iglesias.

Pregunta: ¿A qué se refiere exactamente?

Lumma: Cada persona necesita un cierto espacio para poder moverse, cambiar de orientación y dirigir la mirada y el cuerpo hacia distintos puntos de referencia dentro de la celebración. Cuando el obispo entra en procesión por la puerta principal junto con los demás ministros, toda la asamblea debería poder volverse hacia esa procesión de entrada. Durante la homilía, los fieles deberían orientarse hacia el ambón; durante la plegaria eucarística, hacia el altar; y así sucesivamente. Sin embargo, los bancos de muchas iglesias apenas permiten esos movimientos o incluso los hacen imposibles.

Pregunta: El arzobispo Anthony Fisher defendió en su carta pastoral la reinstalación de reclinatorios allí donde han desaparecido...

Lumma: Desde mi punto de vista, sería un paso atrás desde una perspectiva ecuménica si se intentara generalizar nuevamente esa práctica, precisamente cuando hemos redescubierto la postura de pie como actitud litúrgica fundamental. Se trata de una postura que fue especialmente importante para los cristianos de los primeros siglos, mucho antes de la separación entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Además, los reclinatorios fijos limitan las posibilidades de movimiento dentro de la celebración. En realidad, solo serían necesarios durante el breve momento de las palabras de la consagración. Y, aun en ese caso, cabría preguntarse por qué no arrodillarse directamente sobre el suelo, algo que responde mucho mejor al sentido original de la postración. En mi opinión, la evolución debería orientarse en otra dirección.

Pregunta: Entonces, ¿los católicos deberían dejar de arrodillarse, en contra de lo que propone el arzobispo de Sídney?

Lumma: Creo que los católicos deberían redescubrir ante todo la postura de pie, especialmente durante la misa. Esa postura permite vincular el propio cuerpo y la propia existencia a las numerosas imágenes bíblicas del ser humano erguido y levantado por Dios. Además, **la posición de pie constituye, desde el primer Concilio de Nicea, un patrimonio común de todas las grandes Iglesias cristianas. Me parece un valor de enorme importancia que merece ser recuperado.** Esto no significa, en absoluto, que quiera desacreditar la práctica de arrodillarse. Tiene su lugar cuando una persona toma conciencia de su propia fragilidad y necesidad, y se sitúa ante Dios con actitud de adoración o de súplica, reconociendo su inmensa grandeza. Eso puede ocurrir en la oración personal, en casa o en una iglesia; también durante la adoración eucarística, en celebraciones penitenciales o en determinados ritos de bendición. Sin embargo, hay una evolución dentro de la Iglesia católica que considero poco afortunada.

Pregunta: ¿A qué evolución se refiere?

Lumma: Me parece muy lamentable que, precisamente durante la plegaria eucarística, en muchas comunidades se adopten posturas corporales muy distintas. De ese modo, lo que es común pasa a un segundo plano y la celebración corre el riesgo de convertirse en una especie de demostración de la piedad personal de cada uno. Sin embargo, eso es precisamente lo

que el Concilio quiso evitar. La forma de afrontar esta cuestión probablemente dependerá de cada comunidad concreta. En cualquier caso, es una lástima que justamente en el centro de la liturgia surja una coexistencia —e incluso a veces una confrontación— de gestos diferentes, en lugar de favorecer una experiencia de unidad que también se exprese y se viva a través de la postura corporal.